

## 1. CARTA DEL RECTOR MAYOR

### **La Eucaristía en el espíritu apostólico de Don Bosco**

El tema más vital que mide nuestro espíritu y nuestra acción.—Don Bosco y la Eucaristía: misa, comunión, adoración.—Perspectiva eucarística del Concilio Vaticano II.—La obra maestra del Padre: «hacer de Cristo el Corazón del mundo».—La insuperable obra pascual de Cristo.—Permanencia viva de los acontecimientos de la Nueva Alianza.—Maravillas de la sacramentalidad eclesial.—Adoración y misión.—El quehacer pastoral de generar Iglesia.—Algunas exigencias concretas de la pedagogía eucarística de Don Bosco.—Devoción a la Santísima Virgen que conduce a la Eucaristía.

Roma, solemnidad de la Inmaculada  
8 de diciembre de 1987

*Queridos hermanos:*

Os escribo en la solemnidad de la Inmaculada, gran aurora del nacimiento de Cristo. Es un día extraordinariamente querido a la familia salesiana: nos lleva con gratitud a los orígenes y, a la vez, nos lanza con audacia a mayores realidades. Que llegue a cada uno de vosotros mi saludo como portador de las esperanzas del Adviento.

Comenzamos un nuevo año, dedicado particularmente a la memoria profética de nuestro Fundador. Escuchamos su invitación a llenar de interioridad y de creatividad apostólica la renovación de la profesión salesiana el próximo 14 de mayo: una de las opciones más elevadas, que confirma el misterio de nuestra Alianza con Dios mediante una expresión más íntima y plena<sup>1</sup>.

1. Cf. *Constituciones* 23.

## El tema vital que mide nuestro espíritu y nuestra acción

Tengo mucho interés en meditar con vosotros, de cara a este año de gracia, sobre un aspecto que considero central en la personalidad de Don Bosco y en el patrimonio apostólico que nos legó como herencia: el lugar que debe ocupar la Eucaristía en nuestro espíritu y en nuestra acción.

De este punto os hablé, inicialmente, en mi circular sobre el proyecto educativo salesiano, al considerar el significado del «educar evangelizando»<sup>2</sup>.

Es el tema más vital que nos mide. En efecto, la Eucaristía es la fuente de la caridad pastoral salesiana<sup>3</sup>, nuestra participación en el Corazón de Cristo<sup>4</sup>, la vivencia de nuestra unión con Dios<sup>5</sup>, la comunión viva de cada uno de nosotros con la Iglesia<sup>6</sup>, la confirmación del peculiar don de nuestra predilección por los jóvenes<sup>7</sup>, la energía de la bondad, de la amistad, del optimismo, de la alegría, del diario trabajo y templanza y de la concreción creativa de nuestra actitud apostólica<sup>8</sup>; es decir, el gran motor del «espíritu salesiano».

Las Constituciones recuerdan que la celebración de la Eucaristía «es el acto central de cada día para toda comunidad salesiana» y que la presencia del tabernáculo en casa es «motivo para visitar frecuentemente al Señor [del que], sacamos dinamismo y constancia en nuestro trabajo por los jóvenes»<sup>9</sup>.

Estamos íntimamente convencidos de cuanto afirma el Concilio Vaticano II: la liturgia, que tiene su expresión máxima en la Eucaristía, es «la cumbre hacia donde tiende la acción de la Iglesia, y al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su virtud»<sup>10</sup>.

2. Cf. ACG núm. 290 (julio-diciembre de 1978).

3. Cf. *Constituciones* 10.

4. Cf. *Constituciones* 11.

5. Cf. *Constituciones* 12.

6. Cf. *Constituciones* 13.

7. *Constituciones* 14.

8. Cf. *Constituciones* 15, 16, 17, 18, 19.

9. *Constituciones* 88.

10. *Sacrosanctum concilium* 10.

Ya los Padres decían que la liturgia «es simultáneamente cumbre de la sabiduría y vértice la religión», «salvación de los fieles y su progreso espiritual».

11. *Jn* 6,56.

Las misteriosas palabras de Cristo: «el que come mi carne y bebe mi sangre, habita en Mí y Yo en él»<sup>11</sup>, son, en todos los siglos, el verdadero metro de la fe cristiana. También hoy, igual que en la primera hora, son demasiados quienes no comprenden: «Desde entonces, muchos discípulos suyos se echaron atrás y no volvieron a ir con él»<sup>12</sup>.

12. *Jn* 6,66.

El obscurecimiento de la centralidad de la Eucaristía en el espíritu y en el apostolado salesiano resultaría, queridos hermanos, un alejamiento de la tradición viva de Don Bosco —injertada en la perenne de la Iglesia— e indicio muy peligroso de superficialidad pastoral y pedagógica.

### **Don Bosco y la Eucaristía**

Una presentación de la vida de Don Bosco en clave eucarística tendría un encanto estimulante. Aquí vamos a recordar brevemente algunos aspectos, conocidos ya, pero que orientan con seguridad.

El Cristo que domina la existencia de Don Bosco es, sobre todo, el Jesús vivo y presente en la Eucaristía, el «dueño de casa» —solía decir—, el centro de gravedad hacia el que convergía todo, el «pan de vida», el «Hijo de María», madre de Dios y de la Iglesia. Don Bosco vivió *de* esta presencia y *en* esta presencia al alcance de la mano.

A menudo, al hablar de Dios, se refería a la presencia de Jesús-Eucaristía, verdadero hombre y verdadero Dios, bajado del cielo para salvarnos,

muerto en cruz por nosotros, y siempre vivo en el altar y en los tabernáculos. Nada hay más accesible y, a la vez, más exaltante. Tener a Jesús en casa quería decir poder ir a estar con él cuando se quisiera, participar en su Pascua, hablarle de corazón a corazón, recibirlo en la comunión, dejarse transformar por su Espíritu para la misión<sup>13</sup>.

La vida de nuestro querido Padre, ya desde los años de su niñez, y la historia del primer oratorio, son un verdadero himno a la Eucaristía. Los sentimientos de que se sentían invadidos sus mejores jóvenes los pueden hacer intuir las siguientes encendidas frases de Domingo Savio: «Cuando paso cerca de él [Jesús en la Eucaristía], no sólo me tiraría al barro para honrarlo, sino que me arrojaría a un horno, porque así me haría partícipe del fuego de caridad que lo impulsó a instituir este gran Sacramento»<sup>14</sup>.

Detrás de este muchacho santo estaba Don Bosco, su guía espiritual, que le transmitía su fervor eucarístico. «Frecuentemente —escribe Juan Bautista Lemoyne— cuando en la predicación describía el inmenso amor de Jesús a los hombres, lloraba y hacía llorar de emoción a los demás. Hasta durante el recreo, cuando hablaba de la Santísima Eucaristía, se inflamaba de santo ardor su rostro, y muchas veces decía a los muchachos: «Queridos muchachos, ¿queremos vivir alegres y contentos? Amemos de todo corazón a Jesús Sacramentado. Al oírlo, los corazones se sentían penetrados de la verdad de la presencia real de Jesucristo. Imposible describir su alegría, cuando logró ver en la iglesia todos los días cierto número de chicos que comulgaban por turno»<sup>15</sup>.

Recordamos algunas de las afirmaciones más significativas de Don Bosco acerca de los tres grandes aspectos de la Eucaristía: celebración de

13. Cf., por ejemplo, JUAN BOSCO, *Il Giovane provveduto*, Turín 1863, pág. 129.

14. *Opere e Scritti editi e inediti de Don Bosco*, introducción y comentarios de Alberto Caviglia, Turín, SEI, 1919-1965. Cita: CAVIGLIA, v. IV. *Savio*, cap. XIV, pág. 37.

15. *Memorias Biográficas*, IV, 457-458.

la misa, comunión sacramental y adoración de las especies consagradas.

● *La misa*. «El sacrificio de la misa —escribe Don Bosco— es la gloria, la vida, el corazón del cristianismo»<sup>16</sup>. «Igual que no es posible imaginar cosa más santa y preciosa que el cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad de Jesucristo, así quiero que estéis persuadidos de que, cuando vais a la santa misa —dice a los muchachos—, realizáis la acción más grande y santa, la que da más gloria a Dios y la más provechosa a vuestra alma. Jesucristo viene personalmente a aplicar a cada uno en particular los méritos de la sangre adorabilísima que por nosotros derramó en la cruz del Calvario»<sup>17</sup>.

Y, más elocuente que las palabras, es su ejemplo. Escribe Eugenio Ceria: «Celebraba bien compuesto, concentrado, devoto, exacto; pronunciaba las palabras con claridad y unción; era evidente que le gustaba distribuir las sagradas especies, y no podía ocultar el fervor de su espíritu. Sin embargo, no había nada de afectado o que llamara la atención; ni lento ni precipitado, procedía de principio a fin con calma y naturalidad... Así lo vieron en el altar los salesianos de la primera generación; así lo vimos los últimos en llegar»<sup>18</sup>.

Su unión con Cristo en la celebración de la Eucaristía alcanzaba cimas sublimes: «De cuando en cuando su rostro se inundaba de lágrimas ... Sucedió incluso que, después de la elevación, apareció tan arrobado, que daba la impresión de que veía a Jesucristo con los ojos del cuerpo»<sup>19</sup>. Esto era más frecuente en los últimos años<sup>20</sup>. Su celebración era en verdad la de uno que cree; no pocos acudían desde lejos para asistir a ella, y los cooperadores y bienhechores que tenían el privilegio de

16. JUAN BOSCO, *Il cattolico istruito nella sua religione*, *Lecture cattoliche I*, (1853-1854) 9, pág. 191.

17. JUAN BOSCO, *Il Giovane provveduto*, Turín, 1847, pág. 85; in «Opere edite...» v. II, pág. 265.

18. E. CERIA, *Don Bosco con Dio*, Colle Don Bosco (Asti) 1947, págs. 97-98; cf. *MB I*, 520.

19. *Memorias Biográficas*, IV, 454; cf. *MB XIII*, 897.

20. Cf. *Memorias Biográficas XVII*, 558-559.

la capilla en casa se lo disputaban.

Su gran preocupación pedagógica era ayudar a los jóvenes a captar la realidad sacramental de la misa: «Comprended bien, hijos míos, que, cuando asistís a la santa misa, es lo mismo que si vierais al divino Salvador salir de Jerusalén con la cruz a cuestas camino del Calvario, donde al llegar es ... crucificado y derrama hasta la última gota de su sangre. Este mismo sacrificio, aunque de modo incruento, lo renueva el sacerdote cuando celebra la santa misa»<sup>21</sup>.

La misa era el gran centro de las fiestas celebradas con los jóvenes: se solemnizaban con clero, música y canto. Desde diversas partes de la ciudad se bajaba a Valdocco, a fin de participar en tan jubilosa celebración eucarística.

● *La comunión.* El aspecto de banquete sacramental es otro punto focal del espíritu y de la acción de Don Bosco. Definió la comunión eucarística como «quicio de la buena marcha de la casa»<sup>22</sup>, «pilar en que se apoya el mundo moral y material»<sup>23</sup>, «la mejor defensa de la juventud»<sup>24</sup>, «base de las vocaciones»<sup>25</sup>.

Tales expresiones son significativas; pero no contienen todo el pensamiento de Don Bosco, que en la comunión vive en primera persona el encuentro más íntimo con Jesucristo, que le incorpora a sí mismo y le hace apóstol mediante el poder de su Espíritu.

De ello podemos escuchar un eco lejano en las palabras con que termina la conferencia pronunciada en la Arcadia (Roma) el año 1876: «Concedenos, Señor —reza la santa Iglesia— que, al participar de los méritos del cuerpo y de la sangre sacrificados en la cruz, merezcamos ser contados en el número de sus miembros ... Como miembros

21. JUAN BOSCO, *Il Giovane provveduto*, Turín 1847, págs. 84-85; o. c., págs. 264-265.

22. *Memorias Biográficas* VII, 795.

23. Epistolario di S. G. Bosco, E. CERIA, SEI, Turín, 1955. v. I, pág. 299.

24. Cf. *Memorias Biográficas* VI, 145.

25. *Memorias Biográficas* XIV, 44.

26. *Memorias Biográficas* XII, 641.

del sacratísimo cuerpo de Jesús, debemos mantenernos estrechamente unidos a él, no en abstracto, sino en concreto: con la fe y las obras»<sup>26</sup>.

27. *Memorias Biográficas* XII, 29.

No hay dicha mayor en la tierra —decía a los muchachos— que la que da una comunión bien hecha: «¡Qué felicidad poder recibir en nuestro corazón al divino Redentor, al Dios que debe darnos la fortaleza y constancia necesarias en todo momento de nuestra vida!»<sup>27</sup>.

28. Ed. CAVIGLIA, v. IV, *Savio*, cap. XIV, pág. 35.

En las biografías de Luis Comollo, Domingo Savio, Miguel Magone y Francisco Besucco aparecen, entre otras cosas, encendidas alusiones a la misa, a la comunión, al viático, que cambia el temor de la muerte en un abrazo a Jesús. «Si quiero algo grande —decía Domingo Savio—, voy a recibir la Hostia santa, en la que se halla “corpus quod pro nobis tráditum est”, o sea, el mismo cuerpo, sangre, alma y divinidad que ofreció Jesucristo a su eterno Padre por nosotros en la cruz. ¿Qué me falta para ser feliz? Nada en este mundo; sólo me queda poder gozar cara a cara en el cielo de quien ahora miro y adoro en el altar con los ojos de la fe»<sup>28</sup>.

En la escuela de Don Bosco, promotor de la comunión frecuente, crecían realmente jóvenes de fe límpida y fuerte que, mediante la Eucaristía, escalaban las cumbres de la santidad.

Puede ser significativo, al respecto, que incluyera en «Il giovane provveduto» la traducción de un texto conciliar de Trento, hasta entonces citado únicamente al sentido, pero que enunciado íntegramente adquiriría mayor fuerza: «Sería muy de desear que todo fiel cristiano se mantuviera en tal estado de conciencia, que pudiera hacer la santa comunión siempre que participa en la santa misa; y no sólo mediante la comunión espiritual, sino con la sacramental, para que sea más copioso el

fruto sacado de este sacramento»<sup>29</sup>.

Figura también entre los más convencidos e importantes asertores de que había que adelantar la primera comunión a una edad más joven: «Téngase lejana como la peste la opinión de quien desearía diferir la primera comunión hasta una edad demasiado avanzada»<sup>30</sup>.

● *La adoración.* La conciencia de que Cristo está realmente en la Hostia consagrada estimula a una actitud convencida de adoración. Es una característica peculiar de la piedad católica del siglo XIX, sobre todo en Turín, ciudad del Santísimo Sacramento. En el oratorio de Valdocco, tal piedad brota del corazón eucarístico de Don Bosco, de la convicción que sabe crear, entre los jóvenes, de que Jesús vive en casa con todo su amor infinito, para ser el amigo de cada día.

Es verdad que las formas de piedad eucarística vivida en el oratorio son las que entonces florecían en la diócesis y en las parroquias: horas de adoración, triduos eucarísticos, bendición con el Santísimo, procesiones y, particularmente —por su valor pedagógico—, visitas individuales y colectivas; sin embargo, Don Bosco sabía motivarlas pedagógicamente con una validez santificadora que todavía hoy nos interpela a nosotros.

Si Jesús, con su presencia permanente, está en el corazón de la casa salesiana, no es posible olvidarlo. De ahí la importancia de cultivar distintas expresiones de piedad contemplativa en la vida y en la acción de los suyos. La invitación que hace Don Bosco, a los mismos jóvenes, de ir con frecuencia a visitar a Jesús sacramentado, pedirle gracias espirituales y materiales, dialogar, contemplar su Pascua y pasar unos instantes con él, es de las más frecuentes: «Recordad —escribe—,

29. JUAN BOSCO, *Il Giovane provveduto*, Turín 1885, pág. 108; en «Opere edite...», v. XXXV; cf. conc. de Trento, sesión 22, cap. 6, en DENZINGER - RAHNER 1955, núm. 944; cf. también JUAN BOSCO, *El sistema preventivo*, 2, VIII (apéndice de Constituciones de 1984, pág. 242).

30. JUAN BOSCO, *El sistema preventivo*, 2, VII (ibidem).

muchachos, que Jesús está en el santísimo Sacramento con riqueza de gracias, que da a quien se las pide»<sup>31</sup>.

31. JUAN BOSCO, *Il Giovane provveduto*, Turín 1847, pág. 103.

Y de nuevo: «Os recomiendo ... la visita al Santísimo Sacramento: "Nuestro dulcísimo Señor Jesucristo está allí en persona", exclamaba el cura de Ars. Váyase a los pies del tabernáculo aunque sólo sea para rezar un padrenuestro, avermaría y gloria, si no se puede más. Basta esto para hacernos fuertes»<sup>32</sup>.

32. *Memorias Biográficas* IX, 355.  
33. 24 de febrero de 1865.

En unas buenas noches<sup>33</sup> insiste con paterna coacción: «No hay cosa que más tema el demonio que estas dos prácticas: la comunión bien hecha y las visitas frecuentes al santísimo Sacramento. ¿Queréis que el Señor os dé muchas gracias? Visítadlo a menudo. ¿Queréis que os dé pocas? Pues visítadlo de tarde en tarde». Las visitas —añadía— son un arma omnipotente contra los asaltos del enemigo: «Queridos míos, la visita es un medio demasiado necesario para vencer al demonio. Id, pues, a visitar a Jesús, y el demonio no os derrotará»<sup>34</sup>.

34. *Memorias Biográficas* VIII, 49.

Es indudable que el espíritu y la pedagogía de Don Bosco dan importancia particular a la amistad de adoración con Cristo presente en la Eucaristía. Domingo Savio, Miguel Magone y Francisco Besucco supieron aprovecharla. Si no es posible decirlo de todos los alumnos del oratorio, no eran pocos quienes los imitaban.

Ahora bien, a esta dominante eucarística va unida una praxis educativa cuyo objetivo es la formación completa del joven. En ella las exigencias y demandas humanas se toman en serio, con toda su densidad. De las necesidades primordiales y materiales —alojamiento, comida y ropa— a las intelectuales, morales y culturales: de la educación al trabajo, al estudio y al arte, con miras a una in-

serción digna en la sociedad, a la satisfacción de las necesidades ineludibles de la edad juvenil, tales como el deseo de afirmación personal, el uso correcto de la libertad («amplia libertad de saltar, correr y chillar a su gusto»), la promoción de actividades de entretenimiento, el teatro, la música, etcétera.

Una educación, pues, completa y gozosa, pero cuyo secreto —como aparece en los modelos que él mismo describió primorosamente— habla de corazones de muchachos centrados en la Eucaristía —misa, comunión, y adoración—, es decir, en un Jesús vivo y presente, conocido, amado y visitado como el amigo más íntimo; muchachos en los que se transparenta la bondad, el esfuerzo, la alegría, fruto de una vivencia sacramental de Cristo, cuyo benéfico influjo en toda la conducta era evidente.

Podemos terminar esta rápida ojeada a la centralidad de la Eucaristía en el espíritu y en la acción de Don Bosco, recordando el heroísmo que le supuso una devoción, para él inseparable, de la Eucaristía: la del Sagrado Corazón concretada —como afán supremo— en la construcción del templo en Roma. Había afirmado que «la devoción al Sagrado Corazón de Jesús incluye todas» y que la fuente de tal devoción se halla precisamente en el Santísimo Sacramento. «Tened siempre en vuestra mente —dijo en París— el pensamiento del amor de Dios en la santísima Eucaristía»<sup>35</sup>.

Las Constituciones nos aseguran que «Don Bosco vivió y nos transmitió, por inspiración de Dios, un estilo original de vida y de acción: el espíritu salesiano»<sup>36</sup>.

Este espíritu «encuentra su modelo y su fuente en el corazón mismo de Cristo, apóstol del Padre»<sup>37</sup>.

35. *Memorias Biofráficas* XVI, 195.

36. *Constituciones* 10.

37. *Constituciones* 11.

Pues bien, podemos añadir que, para Don Bosco, esta realidad de vida y participación en los anhelos redentores del corazón de Jesús se centra concretamente, con intensidad interior, en el grande e inefable misterio de la Eucaristía.

### **Perspectiva eucarística del Concilio Vaticano II**

Suele decirse que la mentalidad, el lenguaje y la catequesis del siglo XIX acerca del misterio eucarístico adolecen de visión no orgánica e incluso reductiva. Sabemos que, por razones históricas, la cristiandad medieval intensificó el culto hacia la permanencia de la presencia real en las especies sacramentales. El mismo Concilio de Trento, heredero de una situación anterior, trata por separado la Eucaristía como sacramento permanente<sup>38</sup> y el sacrificio de la misa<sup>39</sup>. Los intérpretes posteriores acentuaron pastoralmente cierta separación, en la piedad popular, entre sacrificio de la misa y permanencia de la presencia real en las especies consagradas. Los ejercicios piadosos de entonces, sin olvidar el valor de la misa, se habían ido orientando, sobre todo, hacia la permanencia del Sacramento, con múltiples expresiones culturales.

Para nosotros, hoy, el siglo XIX es agua pasada. No obstante, hemos de reconocer que hizo madurar una santidad concreta en educadores y alumnos.

En la Iglesia, tras el Vaticano II, hay auténtico salto de calidad eclesiológica en la doctrina —fuertemente orgánica— del misterio pascual (cuyo sacramento es la Eucaristía) y en todo el culto litúrgico. Hay nueva profundización en los

38. Conc. de Trento, sesión 21.

39. Conc. de Trento, sesión 22.

conceptos de Pascua, de nueva Alianza, de sacerdocio, de presencia real, de cuerpo de Cristo, de comunión y misión; en una palabra, de sacramento, que relanza todo el culto eucarístico con una óptica de liturgia y de piedad profundamente renovadas.

De todos modos, hay que decir también que las directrices posconciliares<sup>40</sup> permiten recuperar, renovándolos, no pocos valores devocionales del pasado, por más que estuvieran ligados a una visión imperfecta.

Pero aquí surge un desafío serio: a una visión eucarística más rica y orgánica, fruto del Vaticano II, deberían corresponder una praxis espiritual y una pedagogía pastoral mucho más intensas y eficaces.

En cambio, ¿a qué se asiste, por los menos en ciertos ambientes que se las dan de vanguardia y se exceden en valorar, de forma unilateral, la importancia de los aspectos culturales humanos, sin hacer un imprescindible y atento discernimiento de los valores proféticos testimoniados por San Juan Bosco acerca de la centralidad absoluta de la Eucaristía, precisamente para una formación del hombre auténtica y más válida?

A veces nos hallamos frente a una actividad pedagógica que se ha empobrecido y carece de densidad genuinamente pastoral; no responde de forma suficiente al estímulo salesiano del «da mihi ánimas».

El Concilio Vaticano II no vino a suprimir, sino a robustecer y relanzar con verdad más auténtica, la asombrosa eficacia de la Eucaristía en nuestro espíritu y en nuestra acción.

Hoy estamos llamados a impregnar la praxis legada por Don Bosco con las ideas conciliares del misterio eucarístico. Debemos conocer y saber

40. Cf., por ejemplo, *Eucharisticum mysterium*, instrucción de la Congregación de ritos, 25 de mayo de 1967.

llevar a la vida concreta este ensanchamiento de horizonte.

¡Cómo se alegraría nuestro Padre y cómo traduciría a iniciativas pedagógicas las afirmaciones del Concilio! «En la santísima Eucaristía —dice, por ejemplo, el decreto *Presbyterorum ordinis*— se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia ... La Eucaristía aparece como fuente y meta de toda la predicación evangélica ... Los fieles, sellados ya por el sagrado bautismo y la confirmación, por la recepción de la Eucaristía se insertan plenamente en el cuerpo de Cristo. Por tanto, la sinaxis eucarística es el centro de toda la asamblea de los fieles ... La casa de oración —en que se celebra y se guarda la Eucaristía y se congregan los fieles, y en que se adora, para auxilio y consuelo de los fieles, la presencia del Hijo de Dios, salvador nuestro, ofrecido por nosotros en el ara del sacrificio— debe estar nítida, dispuesta para la oración y las funciones sagradas. En ella se invita a los pastores y fieles a responder con gratitud al don de quien, por medio de su humanidad, infunde sin cesar la vida divina en los miembros de su Cuerpo. Procuran los presbíteros cultivar debidamente la ciencia y el arte litúrgicos»<sup>41</sup>.

41. *Presbyterorum ordinis* 5.

Don Bosco llegó a ser el gran pastor juvenil que conocemos, precisamente por su profunda adhesión al misterio eucarístico y por su participación en él. Si cierta mentalidad y lenguaje de su siglo necesitan actualización, ello no debe suponer embrocamiento de su papel de Fundador profético.

En su praxis debemos captar de nuevo los valores formativos de la Eucaristía, sintonizados con la misma fe que hizo de él, también para nosotros hoy, modelo insuperable de pastor y educador con estímulo constante de santas iniciativas. En efec-

to, la substancia es la misma: Jesucristo con nosotros, el acontecimiento pascual puesto a nuestra disposición aquí y ahora, el Dios-con-nosotros que interviene a diario en la formación del hombre nuevo.

Vale, pues, la pena, queridos hermanos detenerse un poco en tema tan sustancial: debería caracterizar nuestro año centenario, por la recuperación en profundidad de la «pedagogía de la bondad», que se nos propone en el agüinaldo con que celebramos la memoria y profecía de Don Bosco.

Las reflexiones que os ofrezco ayudarán a recordar y sintetizar las muchas meditaciones hechas por cada uno a lo largo de su vida salesiana, a percibir mejor y relanzar todo lo que no es caduco —la sustancia— en la praxis eucarística de nuestro Padre. Sólo así estaremos en condiciones de renovar con autenticidad una pastoral y pedagogía que, sin la centralidad de la Eucaristía, dejarían de ser el valioso patrimonio que hemos heredado.

Comenzaremos desde un poco lejos, para estar seguros de tener una visión exacta, y en lo posible adecuada, de tema tan vital.

### **La obra maestra del Padre: «hacer de Cristo el corazón del mundo»**

Si tuviéramos que buscar en el universo la expresión más perfecta del genio y habilidad del Creador, nos encontraríamos, al principio, muy perplejos.

Al contemplar la inmensidad del macrocosmo, quedamos atónitos y mudos, dedicados únicamente a admirar y dejar correr la fantasía y arrollados por un torbellino en movimiento, más que

preocupados de juzgar y comparar, como suele ocurrir en un museo. Todo supera de forma increíble las medidas de tiempo y espacio con que imaginamos y pensamos, y nos quita la capacidad de elegir un astro como el mejor.

Si luego contemplamos las maravillas del microcosmo, quedamos todavía más aturridos y como incrédulos al descubrir en él una perfección nunca sospechada y, además, una potencia y vitalidad increíbles.

Nos hallamos en verdad frente a una capacidad superior e inefable de proyectar, que nos hace concluir, sin posibilidad de opción, que cuanto produce el Creador supera nuestra inventiva. Y, de hecho, las ciencias, en sus adelantos, simplemente tratan de aprender, esforzándose por calar en los secretos y leyes de la creación.

Sin embargo, incluso ante las maravillas del mundo, comprobamos que, en cuanto hombres, poseemos un don superior: la agudeza del espíritu, que nos conduce mucho más allá de las perfecciones de la naturaleza; nuestra inteligencia va siempre más allá de las columnas de Hércules, con un valor que supera la leyenda de Ulises.

Así, en cuanto hombres, hallamos presente en la creación el tesoro del amor, que vale más que el macrocosmo y el microcosmo, porque trasciende la materia, y se introduce en el misterio íntimo de la vida del Creador.

Descubrimos ahí, sin excesiva dificultad, que la *verdadera obra maestra de Dios es el hombre*, hecho a su imagen, síntesis viva de las maravillas cósmicas, libre, audaz, capaz de pensar, juzgar, crear y amar, y, por ello, destinado a ser liturgo de todo lo creado, voz de alabanza, mediador de gloria, en diálogo de felicidad con el mismo Creador.

Desgraciadamente, la historia del hombre, e

incluso el significado del cosmos, quedaron deformados por el pecado. San Pablo afirma que «[la creación] fue sometida a frustración, no por su voluntad, sino por uno que la sometió [a ella]; pero fue con la esperanza de que la creación misma se vería liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la libertad gloriosa de los hijos de Dios»<sup>42</sup>.

42. *Rom* 8,20-21.

Es precisamente en nuestra historia donde Dios, al llegar la plenitud de los tiempos, hizo surgir el hombre nuevo, su obra maestra definitiva: Jesucristo.

Es la gran cumbre de toda la creación. «El misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado ... Él, imagen de Dios invisible, es también el hombre perfecto ... unido, en cierto modo, a todo hombre ... primogénito entre muchos hermanos»<sup>43</sup>.

43. *Gaudium et spes* 22.

Durante su vida terrena se sintió solidario con cada uno de los hombres de todos los siglos, desde el primer Adán —su padre— hasta el último hermano engendrado al final de los tiempos. En cuanto solidario en el bien y en el mal, venció el pecado con el poder del amor más grande, atestiguado con la donación de su vida en el acontecimiento supremo de la Pascua. Mediante la permanencia sacramental de la Pascua en la Eucaristía va engendrando, unido a su esposa la Iglesia, al hombre nuevo en la historia, hasta que vuelva victorioso al final de los tiempos. Dios Padre «nos ocultó —dice la liturgia— el día y la hora, en que Cristo, señor y juez de la historia, vendrá en las nubes del cielo revestido de poder y esplendor. Aquel día, tremendo y glorioso, pasará el mundo presente y surgirán nuevos cielos y tierra nueva»<sup>44</sup>. Es entonces cuando Cristo ofrecerá su reino al Padre.

44. Prefacio de Adviento I/A.

Con razón, pues, afirma el Concilio: Él «es el fin de la historia humana, punto de convergencia hacia el que tienden los deseos de la historia y la civilización, centro de la humanidad, gozo del corazón humano y plenitud de sus aspiraciones ... El designio amoroso [del Padre es] recapitular en Cristo todo lo que hay en el cielo y en la tierra. He aquí que dice el Señor: Vengo presto, y conmigo mi recompensa ... Yo soy el alfa y la omega, el primero y el último, el principio y el fin»<sup>45</sup>.

45. *Gaudium et spes* 45.

Me parece importante, queridos hermanos, ir siempre a esta síntesis de fe, para poder comprender el inefable valor del misterio eucarístico, y convencernos de que es imposible prescindir de Cristo en la promoción del hombre y en el desarrollo de una verdadera pedagogía salesiana.

Evidentemente, es obligado asumir cuanto hay de positivo en los diferentes procesos de los tiempos; pero lo es también, saber discernir su ambivalencia y sintonizar las aportaciones positivas de su novedad con la inmensa y definitiva novedad de la Pascua.

### **La insuperable obra pascual de Cristo**

Jesucristo tuvo conciencia de una vocación personalísima, que lo llamaba a una misión humanamente imposible: afrontar radicalmente el mal, restablecer la alianza de toda la humanidad con Dios, recuperar el sentido del cosmos, proclamar la verdad sobre el significado de la vida y de la historia, indicar la vía concreta que hay que seguir, proporcionar sobreabundante energía de propulsión para el caminar del hombre por los siglos.

Jesucristo comprendió cada vez con mayor cla-

ridad que el proyecto del Padre dirigía su vocación y misión hacia una hora estratégica, que sería la cumbre de su existencia histórica: su hora.

Él, obra maestra de Dios en la creación, debía realizar la obra mayor de todos los siglos, y alcanzar así la cima más alta de todas las empresas humanas. Sólo él podía hacerlo, pues su «ser Dios» lanzaba su «ser hombre» más allá de los límites de lo posible.

Su gran hora histórica se llama *Pascua*. Es una obra maestra de Cristo-hombre dentro de la obra maestra del Padre. Es tan sublime, que ni el Creador podía elegir otra más grande, como se ha dicho muy acertadamente: «id quo maius fieri nequit» (= algo que es imposible superar). Es el gesto más sublime que el genio omnipotente del amor creador del Padre podía imaginar como posible en la historia humana.

Jesús, nacido de María Virgen por obra del Espíritu Santo, es, como verdadero y solidario descendiente de Adán, síntesis viva de las maravillas cósmicas; él devuelve al hombre su vocación de liturgo de la creación, voz de alabanza y mediador de gloria, mediante su amor sacrificial, reconocido en la resurrección.

Esta obra maestra la realizó como uno de nosotros, el mejor, fraternamente solidario con todos. Lo hizo «una vez para siempre»<sup>46</sup>. Lo hizo imprimiéndola permanentemente en su misma existencia humana de resucitado. En efecto, los acontecimientos históricos de la Pascua dieron una constitución definitiva al alma y al cuerpo de Cristo, perfeccionaron su naturaleza humana individual dándole una actitud y unos rasgos que permanecen en él para siempre, como fisonomía vencedora. Estabilizaron —podríamos decir— el alma de Cristo —su corazón— en el acto supremo de

46. Hb 9,12-28.

oblación de sí mismo en el máximo amor, y adornaron su cuerpo físico con las consecuencias de su donación total, visibles en las cicatrices de su inmolación cruenta.

Efectivamente, el hombre Cristo está ante el Padre «en pie; se notaba que lo habían degollado ... [Y un coro imponente dice] con gran voz: "Digno es el Cordero degollado de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la alabanza"»<sup>47</sup>.

47. Ap 5,6-12.

Estos acontecimientos pascales son la realización litúrgico-sacrificial de la nueva Alianza, última y eterna, que da lugar al hombre nuevo, a los cielos nuevos y a la tierra nueva.

La penetrante carta a los Hebreos nos asegura que «Cristo vino como sumo sacerdote de los bienes definitivos. Su templo es más grande y más perfecto: no hecho por manos de hombre, es decir, no de este mundo creado. No con sangre de machos cabríos ni de becerros, sino con la propia, entró en el santuario una vez para siempre, consiguiendo la liberación eterna»<sup>48</sup>.

48. Hb 9,11-12.

Ante los acontecimientos pascales y el mandato de Cristo de hacer continua «memoria sacramental» en la celebración de la Eucaristía, los Apóstoles admiraron y contemplaron la realización de la nueva alianza prometida. He ahí el sentido total de su presencia. *La Pascua y la Eucaristía significan para ellos, ante todo la grande y ardentemente esperada hora de la alianza definitiva.*

Esta alianza ponía término a la pérdida de sentido del cosmos y al culto antiguo, por desgracia insuficiente, e inauguraba otro nuevo, inventado, proyectado y realizado sólo por Cristo, por su amor y por su solidaridad como segundo Adán. Es un culto nuevo, donde sacerdote, víctima, templo, altar, sacrificio y banquete litúrgico se con-

centran en la única realidad de Cristo.

Así, es él, Jesucristo, su corazón, su amor, su palabra, su cuerpo, su sangre, su consagración sacerdotal —en la unión hipostática— lo que constituye el gran tesoro de la nueva y eterna Alianza. Un sólo amor, un solo evangelio, un solo sacerdote, una sola víctima, un solo altar, un solo sacrificio, una sola comunión, para siempre: única meta válida para la esperanza del hombre y del cosmos.

Tal es la obra maestra del Padre: «hacer de Cristo el corazón del mundo». Él es el hombre nuevo, él es la verdad, él es la vida y el camino, él da su carne a comer y su sangre a beber para que nazca y crezca el hombre nuevo.

Conviene recordar y tener presente, para nosotros y para los jóvenes, esta suprema y vital obra histórica de Cristo. Objetivamente no es posible prescindir de ella: sería ignorancia, vaciamiento de la fe, ingenuidad secularista y superficialidad imperdonable, olvidar esta realidad a cambio de una moda transitoria y mundanizante, que revestiría de caducidad nuestra vocación y misión.

Los supremos acontecimientos pascuales de Cristo, dentro de la obra maestra del Padre en el ilimitado y maravilloso universo de la creación, constituyen el punto máximo de grandeza, amor y belleza de toda la obra del Creador.

¿Quién podría aceptar que no estuviera en el centro de la vida de los fieles y, en particular, de la espiritualidad de la pastoral y de la pedagogía de la familia salesiana de Don Bosco?

### **Permanencia viva de la nueva Alianza**

«La renovación de la alianza del Señor con los hombres en la Eucaristía —dice el Vaticano II—

enciende y arrastra a los fieles a la apremiante caridad de Cristo ... De la liturgia, sobre todo de la Eucaristía, mana hacia nosotros la gracia, como de su fuente, y se obtiene con máxima eficacia aquella santificación de los hombres y aquella glorificación de Dios a la que las demás obras de la Iglesia tienden como a su fin»<sup>49</sup>.

49. *Sacrosanctum Concilium* 10.

Es una afirmación solemne que debe influir en todo nuestro proyecto pastoral y pedagógico, si no queremos perder el tiempo, siguiendo la caducidad de turno.

La Eucaristía hace presente de modo real, mediante acción sacramental, para nosotros —ahora y aquí—, las mismas realidades sustanciales de los acontecimientos pascuales de Cristo, renovando continuamente y transmitiendo las riquezas definitivas de la nueva Alianza.

Sobre la presencia real del Cristo pascual ha habido, entre nosotros, negaciones o intentos de explicación que han contribuido a desequilibrar de hecho, a lo largo de los siglos, la integridad y organicidad del culto eucarístico, rebajando, a veces, el ministerio presbiteral, o el aspecto sacrificial, o el crecimiento eclesial, o la transformación, en liturgia, de la vida y la historia que devuelven al cosmos su sentido verdadero.

Es urgente recuperar la verdad orgánica de la doctrina en la espiritualidad, en la catequesis, en la pedagogía, en toda la compleja y renovada actividad pastoral.

Tal es el gran tesoro de la Iglesia: la Eucaristía es el «bien común» lanzado al futuro para toda la obra de salvación.

«Para realizar obra tan grande —dice asimismo el Concilio—, Cristo está *siempre presente* en su Iglesia: *está presente* en el sacrificio de la misa, sea

en la persona del ministro ... sea, sobre todo, bajo las especies eucarísticas ... *Está presente* en su palabra ... *Está presente* cuando la Iglesia suplica o canta salmos ... Cristo asocia siempre consigo a su amadísima esposa la Iglesia ... En consecuencia, [la Eucaristía], por ser obra de Cristo sacerdote y de su cuerpo la Iglesia, es la acción sagrada por excelencia, cuya eficacia, con el mismo título y en el mismo grado, no iguala ninguna otra acción de la Iglesia»<sup>50</sup>.

El tema de la presencia viva de la nueva Alianza entre nosotros es cabalmente uno de los aspectos centrales del misterio eucarístico que el Concilio quiso devolver a toda su grandeza y admirable fecundidad.

Pablo VI, en la encíclica *Mysterium fidei* —donde recuerda la doctrina y el culto eucarísticos<sup>51</sup>—, por un lado expone motivos de solicitud pastoral y de inquietud por posibles interpretaciones reductivas sobre la permanencia real del cuerpo y la sangre de Cristo en las especies consagradas, y, por otro, insiste en la objetividad de otros modos de presencia real de Cristo en la celebración de la fracción del pan: «Sepan todos —afirman— que *los modos con que Cristo está presente a su Iglesia son varios*». Y los enumera. «Estas diferentes maneras de presencia llenan el ánimo de estupor y ofrecen a la contemplación el misterio de la Iglesia»<sup>52</sup>.

Aquí nos interesa considerar las maneras de presencia que se vinculan directamente a la celebración de la Eucaristía. Detengamos nuestra mirada en tres, que aseguran la permanencia viva, entre nosotros, de la nueva Alianza.

— La primera se refiere a Cristo «presente en el sacrificio de la misa ... *en la persona del ministro*, “ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdo-

50. *Sacrosanctum Concilium* 7.

51. 3 de septiembre de 1965.

52. *Mysterium fidei*, en «*Enchiridion Vaticanum*», Edizioni Dehoniane Bologna, v. 2 1976, pág. 422.

53. *Sacrosanctum Concilium* 7.

tes el mismo que entonces se ofreció en la cruz»<sup>53</sup>; quien preside la Eucaristía desempeña, pues, una función sacramental.

54. *Ibidem*.

— La segunda dice que Cristo «está presente bajo las especies eucarísticas»<sup>54</sup>. Pablo VI comenta en la encíclica *Mysterium fidei*: «Se dice que tal presencia es real, no por exclusión —como si las otras no lo fueran—, sino por *antonomasia*, dado que es también corporal y sustancial y, en virtud de ella, Cristo —hombre-Dios— está presente todo entero. Difícilmente, pues, explicaría alguien tal forma de presencia imaginando un cuerpo de Cristo glorioso de naturaleza pneumática omnipotente, o bien reduciéndola a los límites de simbolismo»<sup>55</sup>.

55. *Mysterium fidei*, o. c., núm. 424.

— La tercera afirma que Cristo está también presente «cuando la Iglesia suplica y canta salmos, el mismo que prometió: “Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos (Mt 18,20)”»<sup>56</sup>. Los presbíteros, al celebrar, representan también a la Iglesia, que, unida a Cristo, se dirige al Padre.

56. *Sacrosanctum Concilium* 7.

Estos modos de presencia real ofrecen una admirable originalidad mística. Es necesario concentrar en ellos la reflexión, para iluminar mejor nuestra conciencia eucarística.

Sabemos que los acontecimientos redentores de la Pascua se realizaron históricamente una sola vez para siempre y que, por tanto, la oblación personal y la inmolación de Cristo son el grande y único acontecimiento sacrificial de la nueva Alianza.

«Cristo entró [en el santuario, no para ofrecerse] a sí mismo muchas veces ... Si hubiera sido así, Cristo tendría que haber padecido muchas ve-

ces desde el principio del mundo. De hecho, él se manifestó una sola vez, en el momento culminante de la historia, para destruir el pecado con el sacrificio de sí mismo»<sup>57</sup>.

57. Hb 9,25-26.

Para comprender este misterio, hay que partir del dato de hecho que ve la resurrección de Cristo como fundamento indispensable de la liturgia de su Iglesia.

«He aquí lo principal de todo el discurso —afirma también la carta a los Hebreos—: Tenemos un sumo sacerdote tal, que está sentado a la derecha del trono de la Majestad en los cielos, y es ministro del santuario y de la tienda verdadera, construida por el Señor y no por hombres»<sup>58</sup>.

58. Hb 8,1-2.

¡Ahí está la inmensa originalidad! El sacrificio de la nueva Alianza no es simple hecho del pasado, sino que se renueva sacramentalmente ahora y aquí; cuando celebramos la Eucaristía, ante el Padre actúa Cristo en persona; él es ahora, con nosotros, «mediador de una nueva alianza [entre Dios y los hombres]»<sup>59</sup>.

59. Hb 9,15.

En la liturgia eucarística está activamente comprometido Cristo mismo, que hace de su Pascua una acción viva a lo largo de todo el tiempo de la Iglesia.

Es preciso hacer la prueba de cerrar los ojos y meditar, durante nuestras celebraciones eucarísticas, para procurar percibir la trascendente densidad del misterio en que participamos.

En el desarrollo de la celebración, una vez consagrados el pan y el vino, interrumpimos incluso la solemne plegaria al Padre para exclamar llenos de admiración: «Misterio de la fe: anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección; ven, Señor Jesús».

Son imprescindibles en la celebración de la Eucaristía, silencios vitales. Ciertos momentos de

recogimiento íntimo le son necesarios al creyente. El misterio requiere también silencio: no como pausa, sino como escucha del Espíritu. Es un espacio de tiempo reservado al éxtasis del amor, a fin de penetrar personalmente en la envoltura sacramental.

Donde más rico es el misterio, más necesario se hace el silencio contemplativo.

Se trata de gustar la presencia implicante de Cristo en la nueva Alianza.

### Maravillas de la sacramentalidad eclesial

Procuremos conocer mejor esta presencia viva de Cristo en la nueva Alianza.

Veamos sus elementos.

*El único sacerdote*, con su acto de oblación inmolativa («cuando iba a ser entregado a su pasión, voluntariamente aceptada»: segunda plegaria eucarística) es Cristo, sumo sacerdote que intercede ante el Padre.

*La única víctima inmolada* es la carne y sangre de su cuerpo humano resucitado, que sigue presentándose en el cielo como «cordero degollado»<sup>60</sup>.

*El banquete eucarístico* es incorporación verdadera, por la mediación sacramental, al cuerpo de Cristo, que así va creciendo místicamente a lo largo de la historia. Dice san Pablo: «El cáliz de nuestra acción de gracias, ¿no nos une a todos en la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no nos une a todos en el cuerpo de Cristo? El pan es uno, y así nosotros, aun siendo muchos, formamos un solo cuerpo, porque comemos todos del mismo pan»<sup>61</sup>.

Hay, verdaderamente, un conjunto de maravillas que descubrir, contenidas y manifestadas

60. Ap 5,6.

61. 1 Cor 10,16-17.

—aunque también ocultas— en la extraordinaria sacramentalidad de la Iglesia cuando celebra la Eucaristía. La expresión conciliar que hace de la Iglesia el gran «sacramento de salvación», no se agota en mero simbolismo; trasciende objetivamente los límites del tiempo y del espacio. Sólo la visión de fe percibe su realidad pascual.

En efecto, para concluir la plegaria eucarística dirigida personalmente al Padre, proclamamos: «Por Cristo, con él y en él, a ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos. Amén».

Todo se realiza con la presencia real de Cristo.

Detengámonos brevemente en estos tres aspectos de la celebración eucarística, a fin de ahondar en su densidad de presencia real de Cristo.

— *En primer lugar, los presbíteros* que presiden la celebración eucarística desempeñan una altísima función sacramental. Hacen presente a Cristo y renuevan su contenido de oblación inmolativa, adoración, alabanza, alianza y servicio apostólico<sup>62</sup>. Además, representan a la Iglesia. En nombre de Cristo y en representación de su Iglesia, hablan al Padre, pues, como afirma Pablo VI: «Cristo está presente en su Iglesia, que rige y gobierna al pueblo de Dios, pues la potestad sagrada derivada de Cristo, y Cristo, pastor de pastores, asiste a quienes la ejercen, según la promesa hecha a los Apóstoles»<sup>63</sup>.

Mediante esta función sacramental, los presbíteros unen e insertan la vida diaria de los fieles en el amor de Cristo. Es el ingreso de cada generación humana en la obra pascual del Señor, como sacrificio espiritual en solidaridad con él. Es la

62. Cf. *Presbyterorum ordinis* 2.

63. *Mysterium fidei*, o. c., núm. 422.

hora sublime de la transformación de la historia en liturgia. No se trata de un rito alienante, sino de la celebración máxima del realismo más concreto del amor humano, en el devenir de la vida ordinaria y en todas las vicisitudes de la existencia, en favor del significado auténtico del universo.

Dentro de esta representatividad eclesial, hay un papel sacramental especialísimo en el ministerio de los presbíteros celebrantes. Cuando hacen memoria litúrgica de los acontecimientos pascuales, encarnan directamente a Cristo, le prestan su voz, gracias a una especial potestad sagrada. Dice el Concilio: «Confeccionan el sacrificio eucarístico en la persona de Cristo<sup>64</sup>; obrando en nombre de Cristo y proclamando su misterio, unen las oraciones de los fieles al sacrificio de su cabeza, y hacen presente y aplican en el sacrificio de la misa, hasta la venida del Señor, el único sacrificio del nuevo Testamento»<sup>65</sup>.

¡Qué misterio tan grande!

— *En segundo lugar*, debemos considerar que la actividad ministerial del presbítero está impregnada del poder del Espíritu Santo para *consagrar el pan y el vino*, «de modo que sean para nosotros cuerpo y sangre de Jesucristo»<sup>66</sup>, y para invocar la plenitud del Espíritu Santo sobre la asamblea.

La modalidad sacramental de dicha presencia es sacrificial. Bajo los signos sacramentales del cuerpo y la sangre, que fueron separados de hecho en la inmolación cruenta del Calvario, hace presente «verdadera, real y sustancialmente»<sup>67</sup> el cuerpo resucitado de Cristo, actualmente ante el Padre con las cicatrices de víctima inmolada y agradable. La realidad que hay bajo las especies eucarísticas —decía san Ambrosio— «no es lo que la na-

64. *Lumen gentium* 10.

65. *Lumen gentium* 28.

66. *Plegaria eucarística* 2a.

67. DENZINGER-RAHNER, *Enchiridion symbolorum* 1955, núm. 874.

turalidad formó, sino lo que ha consagrado la bendición»<sup>68</sup>.

¡He ahí, de nuevo, otro aspecto del gran misterio!

— *En tercer lugar*, la presencia real y sustancial del cuerpo resucitado de Cristo lleva consigo un nuevo y admirable efecto sacramental, *la asimilación a él en el banquete de comunión*: «El Espíritu Santo congrega en la unidad a cuantos participamos del cuerpo y sangre de Cristo»<sup>69</sup>.

Es una visión de fe que verdaderamente impresionada. El rito sacramental de comer y beber lleva consigo, a semejanza del proceso natural de asimilación, nuestra incorporación misteriosa a Cristo, de modo que formamos con él un solo cuerpo en el devenir de la historia, «pues la participación del cuerpo y sangre de Cristo [—dice san León Magno—] hace que pasemos a ser aquello que recibimos»<sup>70</sup>.

Cuando el Concilio habla de la Iglesia «cuerpo de Cristo», no pretende usar simplemente una figura o metáfora. *Lumen gentium* distingue con claridad entre «imágenes de la Iglesia»<sup>71</sup> y la expresión más profunda de «Iglesia-cuerpo de Cristo»<sup>72</sup>. Tal expresión indica una realidad objetiva y misteriosa que no puede reducirse sin más al nivel de metáfora; con ella se dice que la Iglesia es de verdad un organismo visible de vida espiritual que se hace globalmente, como asamblea de personas en comunión con Cristo, «sacramento universal de salvación».

En el cuerpo místico «la vida de Cristo se comunica a los creyentes, quienes están unidos a Cristo paciente y glorioso por los sacramentos, de modo arcano pero real ... Participando realmente del cuerpo del Señor en la fracción del pan eucarístico».

68. *Mysterium fidei*, o. c., núm. 429.

69. Cf. *Plegaria eucarística* 2a.

70. *Lumen gentium* 26.

71. *Lumen gentium* 6.

72. *Lumen gentium* 7.

rístico, somos elevados a la comunión con él y entre nosotros ... La cabeza de este cuerpo es Cristo ... Él es antes que todos y todo subsiste en él ... "Por él todo el cuerpo, alimentado y trabado por los conyunturas y ligamentos, crece en aumento divino" (Col 2,19) ... Y, para que nos renováramos incesantemente en él, nos concedió participar de su Espíritu, quien, al ser único e idéntico en la cabeza y en los miembros, de tal modo vivifica todo el cuerpo, y lo une y mueve, que su función pudo ser comparada por los santos Padres a la que ejerce el principio de vida —o alma— en el cuerpo humano»<sup>73</sup>.

73. *Lumen gentium* 7.

Esta descripción realista nos sumerge en la insuperable originalidad de la dimensión sacramental de la nueva Alianza y, a la vez, nos hace tomar conciencia cada vez más clara de por qué el Concilio habla de «misterio de la Iglesia».

En la Eucaristía es donde se percibe, con contemplación más admirada, la inmensa novedad de «ser cristiano». Con razón hay que tener conciencia de que «los sacramentos, así como todos los ministerios eclesiales y las obras de apostolado, están íntimamente trabados con la sagrada Eucaristía y a ella se ordenan. Y es que en la santísima Eucaristía se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia»<sup>74</sup>.

74. *Presbyterorum ordinis*  
5.

## Adoración y misión

Las maravillas de semejante múltiple «presencia real» nos impulsan a poner, en el centro de la vida de fe, una actitud de adoración. Los diferentes aspectos de la celebración eucarística y la permanencia de las especies consagradas invitan a un culto de contemplación en la fe. Es realmente

algo excelso, que estimula a un inteligente silencio que adora, a la vez que contempla sus dimensiones: de culto, de santificación, de profesión de fe, de testimonio martirial, de servicio apostólico, de ahondamiento en la verdad, de triunfo del amor.

— *En la misa* debemos contemplar que es el sacerdote quien hace «ahora y aquí» la verdadera oblación sacrificial. Como hemos visto, es Cristo mismo, que lo hace por nosotros y con nosotros, a fin de incorporar a su ofrecimiento las aportaciones de nuestra vida cotidiana y de nuestra difícil existencia.

Aquí la meditación tiene que descubrir lo «específico cristiano», como lo vivió y reveló Cristo en su Pascua. En la Eucaristía no hay peligro de interpretaciones ambiguas o distorsionadas. Lo específico cristiano no se mide con metro veterotestamentario o con impacientes expresiones temporalistas; se presenta en su originalidad plena, como donación de sí mismo en el amor hecho sacrificio: la capacidad de ofrecer con gozo la entrega concreta y generosa del propio amor.

El hombre nuevo, fruto de la Pascua, vive en plenitud el amor de caridad de la no-violencia, dirigiéndose simultáneamente a sus dos polos —Dios y el hombre— mediante una intrínseca «gracia de unidad» que brota del Corazón de Cristo, donde el amor del Padre es la causa, el manantial y la fuerza del amor al prójimo, a los pobres, a los jóvenes y a los necesitados.

— *En las especies consagradas* hay que contemplar el modo con que Cristo se nos ofrece en forma victimal e invita a comprender las riquezas del sufrimiento en la vida, como se la hace crecer en el

amor mediante la donación de mí mismo en el sacrificio. Tal es la razón de que Cristo permanezca siempre, incluso después de la Ascensión, como verdadero «Dios-con-nosotros, pues día y noche —recuerda Pablo VI— está con nosotros lleno de gracia y de verdad; restaura las costumbres, alimenta la virtud, consuela a los afligidos, fortalece a los débiles y estimula a que lo imiten cuantos se acercan a él»<sup>75</sup>.

75. *Mysterium fidei*, o. c., núm. 438.

Por algo el citado gran Papa Pablo VI exhortaba a promover «sin ahorro de palabras y fatigas el culto eucarístico, hacia el que deben converger ... las demás formas de piedad»<sup>76</sup>.

76. *Mysterium fidei*, o. c., núm. 436.

Y Juan Pablo II nos ha recordado que no se concibe una comunidad religiosa local que no se reúna con fe contemplativa en torno al tabernáculo.

— *En la comunión sacramental* hay que contemplar la maravilla de nuestra asimilación a Cristo, por la que nos hacemos cuerpo suyo para continuar su misión redentora del mundo.

En el banquete de comunión tenemos que meditar dos aspectos admirables: la fecundidad de la Eucaristía, que genera a diario la Iglesia y, además, su envío a una misión concreta e histórica en favor de la salvación de los hombres.

Son dos consideraciones que verdaderamente fascinan.

La Iglesia, por obra del Espíritu, nace siempre de Cristo, cada día; nace de su mediación sacerdotal; se une místicamente a la Iglesia —su esposa— en la Eucaristía, formando un solo cuerpo fecundo para dar vida nueva a innumerables hijos. Únicamente aquí se halla la matriz auténtica de la génesis de la Iglesia. Esta no brota de abajo como por autogeneración; nace de la acción sacramen-

tal, que inserta vitalmente en un organismo pre-existente y vitalmente estructurado, como es el cuerpo de Cristo. No se comulga simplemente para participar en una celebración ritual, sino que se entra, por ella, en la participación viva de lo específico cristiano, a fin de sentirse enviado a la misión de salvación.

He ahí por qué la comunión suscita decisiones de vida, estimula criterios apostólicos de acción y proporciona energía pascual de crecimiento y perseverancia.

En la adoración de la Eucaristía, pues, es posible ver claramente que la nueva Alianza no es hecho del pasado o simple doctrina o sólo celebración, sino que es el venero permanente del hombre nuevo en un pueblo congregado por Dios para ser protagonista del auténtico progreso humano y de la recapitulación de todo lo creado en Cristo.

### **Quehacer pastoral de generar Iglesia**

En este punto, queridos hermanos, debemos preguntarnos si un panorama tan denso de maravillas pascuales guía de verdad nuestra vida de consagrados y nuestras tareas de pastoral juvenil y popular.

Ninguno de nosotros tiene el derecho de olvidar o silenciar los riquísimos contenidos de este «misterio de la fe». Prescindir de la Eucaristía en la vida salesiana y en la labor pastoral y pedagógica sería traicionar el sentido y el proyecto de nuestra consagración apostólica<sup>77</sup>.

Don Bosco espera de nosotros, en 1988, una consideración atenta y eficaz de su sistema preventivo. Los jóvenes piden un testimonio sincero

77. Cf. *Constituciones* 3.

y un relanzamiento de la autenticidad del misterio cristiano. Tienen derecho a que nos presentemos ante ellos como signos y portadores de las maravillas de la nueva Alianza. Eludir, camuflar o querer aparecer como superadores del pasado, nos descalificaría como discípulos de Cristo y herederos de San Juan Bosco.

1988 nos interpela: ¡O con Don Bosco para todos los siglos, o con ciertas modas para una breve hora caduca!

Debemos saber tener y comunicar a los jóvenes una auténtica vivencia de Iglesia en la gran hora histórica de su renovación conciliar, cuando llega la aurora del tercer milenio de la fe cristiana.

Hay un aspecto delicado e importante que siempre he tenido presente, cual interpelación, durante estas reflexiones: ¿Qué pensar y cómo actuar con la juventud no cristiana que frecuenta, en muchas partes del mundo, nuestros centros de educación?

Evidentemente, no se puede proceder entre ellos con los mismos métodos de iniciación cristiana con que deben educarse los bautizados. Entonces, ¿ahí perdería significado el sistema preventivo de Don Bosco?

Nadie puede poner en duda el dato real de que la pedagogía salesiana funciona, con típica eficacia peculiar, entre numerosos jóvenes de otras religiones. La experiencia nos asegura una respuesta plenamente afirmativa a tal labor, a la vez que nos ha estimulado e invita a evaluaciones y reflexiones inéditas al respecto.

Estamos lanzados a este campo siguiendo indicaciones precisas de las Constituciones: «Los pueblos aún no evangelizados —dicen— fueron objeto especial de la solicitud y pasión apostólica de Don Bosco, y siguen apremiando y manteniendo

vivo nuestro celo ... *El misionero salesiano* hace suyos los valores de estos pueblos y comparte sus angustias y esperanzas»<sup>78</sup>.

78. *Constituciones* 30.

Además, al hablar de promoción humana, las Constituciones nos recuerdan que «trabajamos en ambientes populares y en favor de los jóvenes pobres. Los educamos para las responsabilidades morales, profesionales y sociales colaborando con ellos, y contribuimos a la promoción del grupo y del ambiente ... Manteniéndonos independientes de toda ideología y política de partido rechazamos cuanto favorece la miseria, la injusticia y la violencia, y cooperamos con quienes construyen una sociedad más digna del hombre. La promoción, a la que nos dedicamos con espíritu evangélico, realiza el amor liberador de Cristo y es signo de la presencia del reino de Dios»<sup>79</sup>.

79. *Constituciones* 33.

Y también: «Imitando la paciencia de Dios, acogemos a los jóvenes tal como se encuentra el desarrollo de su libertad»<sup>80</sup>.

80. *Constituciones* 38.

«Nuestra acción apostólica —añaden— se realiza con pluralidad de formas, determinadas en primer lugar por las necesidades de aquellos a quienes nos dedicamos. Actuamos ... sensibles a los signos de los tiempos ... con espíritu de iniciativa y ductilidad constante»<sup>81</sup>.

81. *Constituciones* 41.

En consecuencia, debemos actuar con modos diferenciados, pero siempre como «misioneros».

El espíritu misionero no prescinde de la Eucaristía ni rebaja su centralidad, pues los misioneros, en cuanto agentes de educación, se dedican a su labor «con espíritu evangélico», imitando «la paciencia de Dios» y educando «con plena fidelidad a Don Bosco». Por otra parte, junto a la masa juvenil no cristiana, educan y forman también grupos de jóvenes bautizados y creyentes.

Así pues, tanto para nutrir la vida espiritual de

los salesianos en este difícil apostolado, como para cultivar a los jóvenes cristianos y hacer ver, de forma concreta, a los otros cuál es el motor secreto de toda su bondad y actividad y el significado último de su proyecto educativo, es preciso cultivar también entre ellos —diría, incluso, que particularmente entre ellos— de modo adecuado obviamente, la centralidad absoluta del misterio eucarístico.

Cuanto hemos meditado hasta aquí, queridos hermanos, nos asegura que hay relación objetiva y de mutua causalidad entre celebración eucarística, espíritu apostólico y misionero y vivencia de Iglesia. Es relación vital: la única verdadera y la única portadora de futuro. Como ha dicho alguien, «la Iglesia hace la Eucaristía y la Eucaristía hace la Iglesia».

Para ser cristiano hay que ser miembro de la Iglesia de Cristo. Ahora bien, la relación mutuamente causativa entre Eucaristía e Iglesia no será ni incisiva ni fecunda, si pastores y destinatarios no son alcanzados e interpelados por sus contenidos pascales. La introducción en esta sublime realidad cristiana desafía hoy con urgencia particular la capacidad pedagógica de mediación de nuestras comunidades y de todos los agentes de pastoral. Urge, entre otras cosas, que todos conozcamos mejor la liturgia y seamos más competentes en ella.

Formar verdaderos cristianos significa introducirlos en una vivencia de Iglesia. Ahora bien, toda auténtica vivencia de Iglesia hace participar al creyente en las realidades del misterio. Es verdad que hoy día se necesita saber partir de la sensibilidad hermenéutica de los signos de los tiempos que han llevado al actual cambio cultural; no obs-

tante, si queremos introducir a los jóvenes en la nueva Alianza, hay que saber anteponer siempre la inmensa novedad de la Pascua a las también interesantes, pero pequeñas, novedades del giro antropológico. La novedad pascual supera infinitamente, y juzga y asume en el tiempo, las numerosas y progresivas novedades culturales, que, aun siendo valiosas, siempre resultan pequeñas en su comparación.

Los agentes de pastoral están invitados a habilitarse simultáneamente en la cultura que nace y, sobre todo, en un preciso y profundo sentido del misterio pascual, siempre dentro del «sentire cum Ecclesia», sin instrumentalizaciones indignas. Nunca podrá presentar nadie algo más grande y nuevo que la Pascua de Cristo, gran obra maestra del Padre y obra suprema del hombre.

Por ello, con la ayuda de las mediaciones culturales más adecuadas, es imprescindible introducir en los grandes contenidos de la Eucaristía. Ciertamente, en la actualidad las novedades culturales son importantes; pero la meta a que debemos tender será siempre la de hacer percibir, hacer recibir y hacer participar en el misterio pascual de Cristo.

Es tarea nuestra ver el camino pedagógico-pastoral apto para una verdadera iniciación cristiana: la mistagogía, que tanto gustaba a los Padres de la Iglesia. En toda labor pastoral es urgente encontrar la senda que lleve al encuentro indispensable entre la sensibilidad contemporánea y la aportación salvadora, insuperable y necesaria, de la nueva Alianza.

El camino pastoral que hay que recorrer para generar Iglesia, exige un gran esfuerzo de renovación, tanto en la catequesis sobre la Eucaristía como en su celebración litúrgica.

En tal celebración la Iglesia proclama, a la vez,

el misterio de su propia naturaleza (= eclesiología) y la fecundidad de su misión específica (= eclesiógenes). Es la segunda Eva, con la que Cristo, segundo Adán, da origen al nuevo género humano.

No podemos contentarnos con buscar en la Eucaristía alguna información más sobre Dios o el hombre. No nos limitaremos a una simple introducción en los ritos —aún siendo necesaria—, ni será suficiente celebrar sólo valores humanos, juveniles y sociales, sino que debemos realizar una verdadera introducción en el misterio de Cristo.

Así, la celebración eucarística aparecerá como encuentro genuino entre existencia y fe, entre vida cotidiana y Evangelio, entre verdad salvífica e interrogantes del momento.

Junto con la memoria pascual crecerá el descubrimiento del amor y el valor inmenso de la vida; es urgente educar en la sensibilidad sacramental con su original riqueza simbólica; hay que intensificar la actitud de adoración contemplativa. La pedagogía pastoral debe esforzarse en promover la participación activa, la conciencia de filiación en Cristo, los valores peculiarmente cristianos de la gratitud, los ámbitos de la solidaridad y las exigencias históricas de la misión.

Tal es el modo concreto de generar Iglesia, que ofrece a la sociedad ciudadanos ejemplares, expertos responsables y activos. Es mediante la Eucaristía como se forma el laicado capaz, de que habló el último Sínodo episcopal.

Los hijos de San Juan Bosco, herederos de un valioso patrimonio pedagógico, tenemos que saber proponer y transmitir siempre a los jóvenes lo específico cristiano de la Pascua, que se les ofrece en la Eucaristía.

## **Algunas exigencias concretas de la pedagogía eucarística de San Juan Bosco**

El aguinaldo de este año jubilar nos invita a promover la pedagogía de la bondad, propia del sistema preventivo.

Permitid, queridos hermanos, que os interpele con una pregunta de fondo: *¿Qué lugar ocupan hoy, en nuestros proyectos educativos, el misterio y la celebración de la Eucaristía?*

Seamos sinceros. Quizá no pocos de nosotros estamos perdiendo el tiempo. Don Bosco no está de acuerdo con ciertas racionalizaciones. Es urgente revisar con seriedad y comprometerse con valentía. El sistema preventivo, en su expresión más genuina, siempre se apoyará en la caridad pastoral, enajada en los grandes polos sacramentales de la Reconciliación y la Eucaristía. Estas afirmaciones no son residuo de una cultura religiosa anticuada, sino perspectivas proféticas del Concilio Vaticano II.

De la herencia espiritual y pedagógica de nuestro Fundador se deducen, entre otras, las siguientes exigencias prácticas que hemos de considerar en serio.

— *Ante todo, para nosotros.* El espíritu de Don Bosco, como hemos visto, se centra totalmente en Jesús eucarístico, de donde brota el fuego del «da mihi ánimas». Nuestras comunidades deben crecer en torno al altar, y explotar la riqueza de la convivencia del Dios-con-nosotros.

Cristo no es sólo el gran personaje de nuestros ideales, sino también el amigo que vive en casa con nosotros y para nosotros. Contemplémoslo sin cesar en la expresión suprema de su Pascua. Don Bosco nos dejó escrito en su testamento: «Vuestro

82. F. MOTTO, *Memorie dal 1841 al 1886*. (Testamento espiritual). LAS, Roma 1985, pág. 31; cf. *Constituciones de 1984*, pág. 260.

primer rector ha muerto; en cambio, nuestro verdadero superior, Jesucristo, no morirá. Él será siempre nuestro maestro, guía y modelo; y recordad que, en su día, será también nuestro juez y remunerador de nuestra fidelidad en su servicio»<sup>82</sup>.

La centralidad de Cristo se vive, en nuestro espíritu, con sensibilidad extraordinaria de contemplación y amistad hacia la Eucaristía; por tanto, con un sentido particular y con gran respeto a su humilde dimensión sacramental. Hay que embellecerla con el arte y la dignidad en los paramentos litúrgicos, con una elegancia de culto que no transija con los olvidos, el mal gusto, la ordinariéz y el deterioro de los mensajes simbólicos que la constituyen.

En la Eucaristía, desde el punto de vista simplemente externo, casi todo es insignificante: la persona del presbítero —uno de nosotros, como los demás—, un pedacito de pan, un poco de vino, algunas palabras de oración. Si no elevamos estos elementos a la alta y noble función de su expresión sacramental, si presentamos con vulgaridad las personas de los celebrantes, si banalizamos el rito de la misa, si manipulamos la oración litúrgica con arbitrariedades personales chatas y transitorias o quizás hasta ideológicas, alejamos, el corazón y la interperación contemplativa, del rito litúrgico del contenido de misterio, que en él inhabita sustancialmente.

Queridos hermanos, la Eucaristía es —no lo olvidemos— lo más grande que puede hacerse, y lo es como realidad de toda la Iglesia: «en la Iglesia, con la Iglesia y para la Iglesia».

Lo cual exige especial capacidad contemplativa en los sacerdotes, cuya vitalidad interior debe centrarse en el Cristo pascual —¡el único sacerdo-

te!— y en la Iglesia, su esposa, a fin de servirla y representarla con dignidad.

Permitid ahora, queridos hermanos presbíteros, que os recuerde la importancia de una actitud esponsal cotidiana profundamente ligada a la Eucaristía: se trata de la oración del oficio divino. Los presbíteros la hacemos con la Iglesia y en nombre suyo para bien de todos. Por desgracia hay quien no se ha preocupado de tener conciencia clara de su naturaleza y valor eclesial, y la sobrevuela como si se trata simplemente de una oración individual que puede hacer o dejar a su gusto.

El artículo 89 de nuestras Constituciones dice de forma explícita que «la liturgia de las horas extiende a los distintos momentos del día la gracia del misterio eucarístico»<sup>83</sup>. También nos recuerda, a presbíteros y diáconos —los «clérigos»—, «la obligación contraída en su ordenación»<sup>84</sup>.

Me parece útil citar aquí íntegramente un pasaje del decreto sobre «principios y normas para la liturgia de las horas»<sup>85</sup>, que trata precisamente de la relación que hay entre oración oficial y Eucaristía.

«La liturgia de las horas —dice— extiende a los distintos momentos del día la alabanza y la acción de gracias, así como el recuerdo de los misterios de la salvación, las súplicas y el gusto anticipado de la gloria celeste ... La celebración de la Eucaristía halla una preparación excelente en la liturgia de las horas, ya que ésta suscita y acrecienta muy bien las disposiciones necesarias para celebrar la Eucaristía, tales como la fe, la esperanza, la caridad, la devoción y el espíritu de abnegación»<sup>86</sup>.

La actitud sacerdotal de Jesucristo se concreta, sin duda, en la oración. Afirmó personalmente

83. *Constituciones* 89.

84. Cf. *Código de derecho canónico*, canon 1174, 1.

85. 2 de febrero de 1971.

86. *Instituto generalis de Liturgia Horarum*, núm. 12.

87. *Lc* 18,1.

88. *Hb* 13,15.

que es preciso «orar siempre sin desanimarse»<sup>87</sup>. Sabemos, además, que con Jesús y «por medio de [él ofrecemos] continuamente a Dios un sacrificio de alabanza»<sup>88</sup>: devolvemos al universo su verdadero sentido, convertidos en voz de alabanza de todo lo creado.

Será, pues, necesario que, dada esta relación íntima entre Eucaristía y liturgia de las horas, se ponga más cuidado —particularmente por parte de presbíteros y diáconos— en la oración eclesial del oficio divino.

(N.B. Conviene leer de nuevo, personalmente y en comunidad, cuanto sugería el consejero de formación, don Pablo Natali, en el número 321 de Actas del Consejo General [abril-junio de 1987, págs. 44-54], sobre nuestras celebraciones litúrgicas. ¡Son orientaciones y directrices de especial actualidad y urgencia!)

Así pues, Don Bosco nos invita a mayor altura espiritual y de celebración en la liturgia. No importa que otros sigan modas empobrecidas y, lastimosamente, también banales, justificándose con afirmaciones pseudoculturales. El gran criterio que debe iluminar nuestras celebraciones y nuestra oración es el valor inefable y definitivo de los acontecimientos pascuales.

Debemos tener la valentía de afrontar las consecuencias educativas de tal criterio, si queremos lograr buenos resultados en la labor pedagógica de hacer vivir la Eucaristía a los jóvenes.

Y aquí tenemos el segundo grupo de las exigencias prácticas a que nos obliga la herencia profética de nuestro Fundador.

— *Para la educación de los jóvenes y del pueblo. La acción apostólica de Don Bosco se dirige a llevar*

los destinatarios a la Eucaristía. En la vida de Francisco Besucco —capítulo XIX— formula esta categórica sentencia: «Dígame lo que se quiera sobre los diferentes sistemas de educación, yo no encuentro ninguna base segura, si no es en la frecuencia de la confesión y comunión; y creo no decir demasiado si afirmo que, omitidos ambos elementos, la moralidad queda desterrada»<sup>89</sup>.

89. Ed. CAVIGLIA, v. 6, *Besucco*, cap. 9.

No suele hallarse en Don Bosco lenguaje tan perentorio. Se explica por el contexto polémico en que nace; pero refleja su verdadero sentir.

El sacramento de la Reconciliación, unido a la participación consciente en la Eucaristía, era, en manos de Don Bosco, «el medio pedagógico por excelencia para formar a sus jóvenes y construir una piedad verdadera y sólida, o sea, que corresponda y se compenetre con la vida»<sup>90</sup>.

90. Ed. CAVIGLIA, v. 4, *Savio, Studio*, pág. 355.

Es cierto que la riqueza de la pedagogía de nuestro Padre abarca horizontes amplísimos; sin embargo, es difícil negar que ambos sacramentos —Reconciliación y Eucaristía— son su verdadera cumbre y fuente.

Nuestras mismas Constituciones —a las que miramos para disponernos al gran relanzamiento del próximo 14 de mayo— nos lo recuerdan en varios artículos:

«Nuestra ciencia más eminente es ... conocer a Jesucristo, y nuestra alegría más íntima, revelar a todos las riquezas insondables de su misterio. Caminamos con los jóvenes, para llevarlos a la persona del Señor resucitado, de modo que ... crezcan como hombres nuevos»<sup>91</sup>.

91. *Constituciones* 34.

«Encaminamos a los jóvenes hacia una experiencia de vida eclesial con su entrada y participación en una comunidad de fe»<sup>92</sup>.

92. *Constituciones* 35.

«La Eucaristía y la Reconciliación, celebradas asiduamente, ofrecen recursos de excepcional va-

93. *Constituciones* 36.

lor para educar en la libertad cristiana, en la conversión del corazón y en el espíritu de compartir y servir dentro de la comunidad eclesial»<sup>93</sup>.

94. *Constituciones* 38.

En consecuencia, debemos revisar la praxis cotidiana de nuestra pastoral juvenil. Tengamos en cuenta la metodología del ir gradualmente: «imitando la paciencia de Dios —dicen las Constituciones—, acogemos a los jóvenes tal como se encuentra el desarrollo de su libertad. Los acompañamos, para que adquieran convicciones sólidas, y progresivamente se vayan haciendo responsables del delicado proceso de crecimiento de su humanidad en la fe»<sup>94</sup>; pero que conste siempre, en nuestros proyectos educativos, que «iniciamos a los jóvenes en la participación consciente y activa en la liturgia de la Iglesia, cumbre y fuente de toda la vida cristiana»<sup>95</sup>.

95. *Constituciones* 36.

Este iniciar «a los jóvenes en la participación consciente y activa en la liturgia de la Iglesia» significa, en concreto, introducirlos pedagógicamente en el misterio pascual. En la praxis educativa de Don Bosco, se hace creando la conciencia de fe y la amistad de convivencia con Jesucristo en la Eucaristía.

Semejante actitud fundamental requiere, entre otras cosas, prestar atención al cultivo pedagógico de «*seis aspectos eucarísticos*»:

1. *La conversión*. Sin el sentido del pecado nunca se comprenderá la centralidad e indispensabilidad de Cristo; y, por otra parte, si no se ahonda en la verdad del amor, nunca se sabrá lo que es el pecado.
2. *La iluminación de la Palabra de Dios*. Sólo la luz del Evangelio ofrece respuestas válidas a los apremiantes problemas de la vida.
3. *La conciencia de la presencia real de Cristo en la*

*nueva Alianza*. Nunca se insistirá suficientemente en hacer percibir y en profundizar las maravillas de la sacramentalidad de la Iglesia en la celebración del sacrificio de la misa.

4. *La incorporación viva a Cristo*. La comunión sacramental es la verdadera cuna del hombre nuevo; hay que presentarla e inculcarla incesantemente como hontanar de convicciones profundas y energía de conducta cristiana valiente.
5. *La misión*. Ser cuerpo de Cristo en el mundo exige participar diariamente en su actividad salvadora; nuestra labor educativa debe distinguirse por encaminar a los jóvenes hacia el apostolado.
6. Y, finalmente, *la amistad de adoración*, incluida su dimensión reparadora. Don Bosco daba importancia particular al hecho de tener a Jesús cercano, en casa, a nuestra disposición; hacer comprender el misterio del Dios-con-nosotros significa superar, en el corazón, depresiones de soledad y garantizar a cada uno un lugar estratégico donde recuperar el bien en la propia existencia.

He aquí unos apuntes para hacer programaciones concretas.

Os he hablado antes de caminar con pedagogía. La iniciación en el misterio eucarístico es un hecho dinámico y pedagógicamente creativo, que avanza gradualmente con el progresivo crecimiento de los destinatarios en el aprecio de los acontecimientos pascales y de sus exigencias de fe en la vida personal y social<sup>96</sup>.

Sin embargo, este caminar por grados no es razón para detenerse a mitad de camino o, incluso,

96. Cf. Ef 4,13.

para no comenzar. Tiene siempre clara ante sí la meta hacia la que tiende; deja de ser un avanzar gradual, si no se mueve continuamente hacia ella. Por tanto, supone siempre y en concreto un camino pedagógico de crecimiento, que acompaña y estimula al que de verdad quiere ser cristiano y vivir de Eucaristía.

Esto me lleva a repetir, íntimamente convencido, lo que dije al principio: El tema de la Eucaristía es, para nosotros, el más vital. ¡Da la talla de nuestro espíritu y de nuestra acción!

### **Devoción a la Virgen que lleva a la Eucaristía**

Para terminar, queridos hermanos, os insinúo un aspecto sugestivo, apropiado para el año mariano que estamos viviendo. No lo voy a desarrollar; me limito a señalarlo. Se trata de la perspectiva eucarística que tenía, en Don Bosco, su devoción a la Santísima Virgen.

El decenio de los años 60 del siglo XIX fue un momento crucial en el resurgimiento italiano, particularmente en Piamonte. Todo parecía conjugar contra la Iglesia. Don Bosco observa atentamente, sufría, y actuaba. En el renacimiento del culto eucarístico y de la devoción a María Auxiliadora veía las dos columnas donde apoyarse para evitar la catástrofe.

Al encontrarse en un contexto político-cultural que obligaba al Papa y a la Iglesia a vivir en estado de asedio, no descubría nada mejor que confiar ilimitadamente en el misterio de la Eucaristía y en la poderosa intercesión de la Auxiliadora de los cristianos.

Él, que no era teólogo de profesión, intuyó,

como pastor y educador, que la línea de fuerza de la fe pasa siempre por la Eucaristía con la mediación materna de María.

El 30 de mayo de 1862 —¡año y mes de la primera profesión salesiana!— Don Bosco narra el célebre «sueño de las dos columnas», que se levantan en medio de «la inmensa superficie del mar». Sobre una se encuentra la estatua de María Inmaculada, a cuyos pies hay un gran letrero que dice «Auxilium Christianorum»; sobre la otra, «mucho más alta y gruesa, se halla una hostia de tamaño proporcionado a la columna y, debajo, otro cartel con las palabras «Salus credentium»<sup>97</sup>. ¡Son los dos resucitados: Cristo y María, el nuevo Adán y la nueva Eva, que guían a la Iglesia!

La nave mayor —símbolo de la Iglesia, única arca de salvación, cuyo «comandante es el Pontífice de Roma»—, tras furibunda lucha contra el mar y los asaltos concéntricos de las naves enemigas, resiste y vence, apenas puede anclar en las dos columnas, es decir, en la Eucaristía y en María Auxiliadora.

El sueño tiene, innegablemente, fuerte carga apologética; pero indica el estado de ánimo y las convicciones profundas de Don Bosco.

El mes de diciembre del año siguiente (1863) —escribe Domingo Ruffino— nuestro Padre, volviendo sobre el sueño de las dos columnas, da como agualdo para 1864 la devoción al Santísimo Sacramento y a María. «Estadme muy atentos, para entender. Imaginaos ver un gran globo con sus polos apoyados en dos columnas. Sobre una está escrito: “Regina mundi”; en la otra: “Pannis vitae”». Ambas columnas irradian una «luz vivísima»; lejos de ellas sólo hay «oscuras tinieblas»<sup>98</sup>.

Jesús y María, para Don Bosco, están vivos y

97. *Memorias Biográficas* VII, 169 ss.

98. *Memorias Biográficas* VII, 585-586.

presentes en la historia; intervienen poderosamente en favor de la Iglesia. La Virgen lleva a Jesús. Ahora bien, el modo de presencia real de Jesús al que conduce María, es el misterio eucarístico.

Por encima de una situación sociopolítica contingente y limitada, queda vivo y actual el alcance profético y perenne de las dos columnas, a las que hoy debemos saber ir con nuestra vida interior y con nuestro trabajo pastoral y pedagógico para educar al hombre nuevo.

Me parece conmovedor y significativo recordar el episodio de la fundación de la casa de Lieja (Bélgica), que subraya esta relación. Monseñor Doutreloux, dinámico obispo de la ciudad, había ido a Turín el 7 de diciembre de 1887. Don Bosco está gravemente enfermo. Los superiores, que ya le habían hablado de la súplica de tal fundación, habían respondido que tenían que dejarlo para más tarde por falta de personal. La mañana siguiente, solemnidad de la Inmaculada, el obispo va a saludar a Don Bosco, quien, con admiración de todos, le da inmediatamente respuesta afirmativa. ¿Qué había pasado mientras? Nuestro Padre había dicho aquella mañana a su secretario, Carlos Viglietti: «Toma pluma, tinta y papel, y escribe lo que te dicte. Dictó: "Palabras literales de la Virgen Inmaculada, que se me ha aparecido esta noche y me ha dicho: Dios y la Bienaventurada Virgen María desean que los hijos de San Francisco de Sales abran una casa en Lieja, en honor del Santísimo Sacramento. Allí comenzaron los honores públicos de Jesús, y allí deberán difundirlos ellos en todas sus familias y, principalmente, entre los muchos jovencitos que en las diversas partes del mundo están o van a estar confiados a su solicitud. Día de la Inmaculada Concepción de María de 1887". Aquí se paró. Al dictar, derra-

maba lágrimas y sollozaba; la emoción le sobrevino también después»<sup>99</sup>.

99. *Memorias Biográficas* XVIII, 438-439.

¿No os parece un hecho emblemático que revela, ya en lecho de muerte, el corazón mariano de nuestro Padre y, simultáneamente, la orientación íntima y concreta de su devoción a la Virgen hacia Jesús eucarístico?

Debemos hacer votos, queridos hermanos, porque Don Bosco, a pesar de la mentalidad y el lenguaje de su siglo, siga siendo —a cien años de su muerte— nuestro maestro y guía hacia la presencia viva y envolvente de Cristo en el admirable don sacramental de la nueva Alianza.

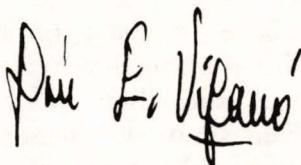
Que María nos lleve cada día a Cristo, y Cristo sea siempre para nosotros el Dios-con-nosotros de la liturgia eclesial y del tabernáculo.

Queridos hermanos, que 1988 despierte en nuestro corazón el espíritu salesiano de forma tan intensa, que sepamos renovar, con inteligencia y decisión, mediante la Eucaristía, la herencia de Don Bosco en nuestra pastoral juvenil y popular.

Os saludo cordialmente.

¡Mis mejores deseos, especialmente para el 14 de mayo!

Con mucha esperanza en el Señor,



EGIDIO VIGANÓ,  
*Rector Mayor*